

PAUL O'CONNOR

Irlanda del Norte: después de doce meses de alto el fuego

Pese a que el alto el fuego decretado por el IRA y los paramilitares unionistas sigue vigente, el proceso de paz en Irlanda del Norte se encuentra estancado. Las necesarias conversaciones entre todas las partes involucradas en el conflicto continúan sin celebrarse. La cuestión de una gran minoría en la isla de Irlanda, cuya identidad cultural es una mezcla de británico e irlandés, es el obstáculo más importante en el camino hacia la unidad irlandesa y un difícil dilema para todos los que aspiran a la autodeterminación. Otros elementos como la existencia de centenares de presos políticos, la permanencia de la Real Policía del Ulster, o la entrega de las armas permanecen como importantes escollos. El Gobierno británico no ha sabido encontrar, por el momento, respuestas imaginativas que ayuden a hacer avanzar el proceso.

Cuando el futuro estudiante de historia de Irlanda acceda a Historia/Irlanda/ en su base de datos, parpadeará en su pantalla la fecha 31.8.1994. El alto el fuego que declaró el IRA ese día señaló un nuevo comienzo en las relaciones angloirlandesas, o pudo haberlo señalado. En las semanas y meses que siguieron a la declaración, hubo muchas esperanzas de que sería posible una resolución del conflicto de Irlanda del Norte. El alto el fuego del IRA y el consiguiente alto el fuego declarado por los paramilitares británicos pro legitimistas se han mantenido. El cómputo estadístico anual de muertes, que durante 25 años fue el barómetro político del conflicto, dice que hoy viven alrededor de 100 personas que de otro modo habrían perdido la vida. Ese sencillo dato ha de preceder cualquier discusión sobre la situación política en Irlanda hoy. En comparación, podría parecer una cifra notablemente baja, dado que representa el equivalente del número de las muertes que se

Paul O'Connor es miembro del Pat Finucane Centre, en Derry, Irlanda del Norte. Ha sido becario en el CIP. Traducción: Berna Wang.

El alto el fuego, desde la perspectiva republicana irlandesa, se decretó desde una posición de fuerza.

producen en una sola semana en Sarajevo. Pero, desde luego, no se pueden hacer comparaciones con el conflicto de la antigua Yugoslavia.

Esta ausencia de cadáveres, familias desconsoladas y comunidades heridas debe de haber hecho avanzar el proceso de paz. Muchos argumentarían hoy que hay paz, sí, pero poco o ningún proceso. Hay, como diría el investigador de la paz Johan Galtung, una paz "negativa", en el sentido de que existe una ausencia de conflicto armado, pero también una ausencia de justicia. El cauto optimismo que siguió a la declaración del IRA se ha disipado. En este artículo se examinará por qué.

Casi todo el mundo coincide en que el IRA y el Gobierno británico han combatido entre sí hasta llegar al estancamiento después de 25 años de conflicto de baja intensidad. Los ministros británicos admiten lo mismo. El IRA no alcanzó su objetivo de forzar una retirada británica de los disputados seis condados del norte de Irlanda. La isla sigue dividida, con 26 condados (predominantemente católicos) que forman la República de Irlanda y seis condados en el norte (protestantes en un 80%) que siguen siendo parte del Reino Unido. La Union Jack continúa ondeando en los edificios oficiales.

Por otra parte, los sucesivos gobiernos británicos han incumplido sus promesas electorales de aplastar al IRA y aislar a los terroristas. A pesar de una represión que conllevó la flagrante violación de las leyes internacionales de derechos humanos, la implicación en actividades tipo GAL que costaron cientos de vidas y la denegación de unos derechos democráticos que ha afectado al mismo cuerpo político de la sociedad británica no se consiguió vencer al IRA. De hecho, el alto el fuego del IRA llegó un año en el que dicha organización había infligido severos daños a la reputación económica británica con la colocación de potentes bombas en el distrito financiero de Londres. Los servicios secretos británicos reconocían que el IRA tenía infraestructura, municiones y apoyo para continuar su campaña hasta el siglo próximo.

El alto el fuego, desde la perspectiva republicana irlandesa, se decretó desde una posición de fuerza. Las bombas de Londres, en concreto, eran una amenaza para la estabilidad económica y obligaron a un replanteamiento entre sectores de la clase dirigente. Puede seguirse la pista de las reuniones secretas entre enviados del Gobierno británico y el IRA hasta este momento. (Como digresión, cabe plantearse la cuestión de si ETA no es en realidad demasiado "débil" para seguir el ejemplo. ¿Se consideraría un alto el fuego como una derrota?).

Sin embargo, en el conflicto en Irlanda del Norte intervienen más actores que el IRA y el Gobierno británico. La mayoría protestante del norte (una minoría en la totalidad de la isla) siente escaso entusiasmo por el objetivo republicano de la autodeterminación para todo el pueblo irlandés. Desde la época de la colonización, en el siglo XVII, esa comunidad identifica firmemente la defensa de sus intereses con la continuidad de la unión con Gran Bretaña, hasta el punto de la discriminación y la represión de la minoría católica del norte.

Gran Bretaña ha podido, así, proclamar ante la comunidad internacional que es un agente neutral en el conflicto. Las divisiones en la isla de Irlanda fueron consecuencia directa de la política imperial de dividir y gobernar en las colonias. Que Gran Bretaña reivindique la neutralidad no es sólo falso en términos históricos,

sino que obstaculiza la resolución del conflicto. Un ejemplo es el Frankenstein de los grupos paramilitares legitimistas/unionistas que han matado a más de 900 católicos en los últimos 25 años. Es imposible pasar por alto la implicación del ejército británico en la creación y suministro de armamento a estas organizaciones, cuyo papel era hacer una guerra sucia no atribuible contra la población católica como precio que debían pagar por su apoyo al IRA. Argumentar que Gran Bretaña sembró la semilla de la discordia entre católicos y protestantes en Irlanda es necesario, pero no resuelve realmente ese problema.

El dilema de la gran minoría

La cuestión de una gran minoría en la isla de Irlanda cuya identidad cultural es sin duda una mezcla de británico e irlandés es el obstáculo más importante en el camino hacia la unidad irlandesa y un difícil dilema para todos los que aspiran a la autodeterminación. ¿Cómo responden los republicanos a este dilema?

El núcleo del análisis republicano se basa en la creencia de que la comunidad unionista/protestante, aquellos que, en otras palabras, desean mantener la Unión con Gran Bretaña, no tiene ninguna razón de peso para negociar su futuro con el resto del pueblo irlandés mientras siga teniendo el incondicional apoyo militar y económico de Gran Bretaña. La analogía es el argumento expuesto por el Congreso Nacional Africano de que una Sudáfrica blanca no tenía ningún motivo para negociar un acuerdo con su comunidad mayoritaria siempre y cuando la comunidad internacional y, en particular, la comunidad empresarial, mantuviera a flote el *apartheid* en el país.

La lógica del argumento republicano es, por tanto, que Gran Bretaña debe retirar su apoyo incondicional y persuadir a los unionistas para que busquen una solución al conflicto dentro de un contexto irlandés. El primer y fundamental paso en este proceso sería la celebración de unas conversaciones en las que participaran todas las partes del conflicto. Esta cuestión desempeñó un papel crucial en la trayectoria que desembocó en el alto el fuego y se encuentra ahora, más de un año después, en el centro de la crisis en la que está sumido el proceso de paz.

Comprender por qué un grupo insurgente bien equipado como el IRA decreta un alto el fuego es vital para hacer un análisis de la situación actual. Determinadas piezas de un complejo rompecabezas encajaron en su sitio. No obstante, primero hay que reconocer la cuestión del cansancio de la guerra. Algunas de las peores atrocidades del conflicto ocurrieron en el año anterior al anuncio de un cese completo de las operaciones militares. Aunque esto dio sin duda carácter de urgencia a las peticiones de fin de la lucha armada, no cabe decir que propiciaran ese fin. Las tres partes más importantes del rompecabezas mencionado ya estaban encajando en su sitio:

- 1) Desde 1992, Gran Bretaña entabló contacto con el IRA por medio de un enviado cuyo nombre en clave era "escalador de montañas". Este importante funcionario hizo que el IRA entendiera que, en el caso de un alto el fuego, se podría combatir por el objetivo legítimo de los republicanos, es decir, la aspiración a una Irlanda unida, por medios constitucionales. Gran Bretaña no pondría ningún obstáculo al camino de unas conversaciones de todas las partes en las

que se pusiera todo sobre la mesa. El tono general de estas discusiones llevó a la dirección del IRA a entender que el Gobierno deseaba resolver el conflicto y que los intereses empresariales de Gran Bretaña presionaban a éste en tal sentido.

- 2) Los ministros británicos prometieron, en declaraciones públicas, una repuesta generosa por su parte si se producía un final de la campaña del IRA. La declaración de Downing Street, hecha pública por los gobiernos británico e irlandés seis meses antes del alto el fuego, decía que el Gobierno británico no tenía ningún "interés egoísta ni estratégico" en Irlanda del Norte.
- 3) Varios influyentes actores se unieron para convencer al movimiento republicano de que actuarían como garantes no oficiales de la causa nacionalista/republicana. A su vez, el movimiento republicano declararía un alto el fuego y reconocería que el principio de consentimiento tenía que ser la base de cualquier resolución de la cuestión constitucional. En otras palabras, no se podía obligar a los unionistas a entrar en una Irlanda unida. Esos actores, la administración Clinton, el Gobierno irlandés y el Partido Socialdemócrata y Laborista de Irlanda del Norte, el más importante dentro de la comunidad católica, prometieron traer al Sinn Fein, la expresión política del republicanismo irlandés, del "frío" al dudoso calor de la política constitucional.

Convencido de que ya no estaba aislado políticamente, como se evidencia más arriba y, lo que es más importante, de que los británicos estaban cansados del "problema irlandés" y no vetarían ninguna resolución a la que se llegara en unas conversaciones de todas las partes, el Ejército Republicano Irlandés declaró un alto el fuego. La declaración fue saludada con celebraciones en los barrios obreros republicanos de Belfast y Derry, y con consternación y suspicacia en los círculos unionistas. Más de un año después, las conversaciones con todas las partes aún no han comenzado. El proceso de paz, en palabras del presidente del Sinn Fein, Gerry Adams, está "en un momento crítico".

Un ejercicio de dilación

Desde septiembre de 1994, el Gobierno británico ha alzado una serie de barreras sobre las que los republicanos irlandeses se han visto obligados a saltar para demostrar sus "credenciales democráticas". Inmediatamente después del alto el fuego, se levantó la barrera de la permanencia. ¿Era el alto el fuego de las operaciones militares anunciado por el Consejo Militar del IRA realmente permanente? Siguió una ridícula guerra de palabras en la que los ministros británicos exigían algo que ya se había entregado. Se presionó al Gobierno y la cuestión se eliminó silenciosamente del vocabulario político. Iba a ser la primera de varias vergonzosas vueltas atrás.

El presidente del Sinn Fein fue invitado a la Casa Blanca, en Washington, y el Foreign Office británico presionó acercándose peligrosamente a los límites que permite la etiqueta diplomática, en un intento de detener, o al menos reducir, el efecto de la visita. El presidente Clinton resistió a las presiones, que se dice ha sido la brecha más seria abierta en las relaciones angloamericanas en muchos

años, y dio la bienvenida a Gerry Adams en la Casa Blanca. Los votos irlandeses de EEUU resultaron más atractivos que las veladas amenazas del Foreign Office. El Gobierno irlandés, mientras tanto, se limitaba, y se limita, a mantener su parte en el trato trayendo al Sinn Fein desde el proverbial frío. Al fin y al cabo, la República de Irlanda se fundó después de una sangrienta guerra de guerrillas entre el "viejo" IRA y el Ejército británico. La fuerza física tenía una larga tradición en la historia irlandesa, y el gobierno de Dublín comprendió bien la necesidad de dar la vuelta a la satanización de los republicanos que había caracterizado su mutua relación mientras los coches bomba explotaban en el Norte.

No ocurrió lo mismo en Londres. Todo paso lento por el camino de crear un diálogo político ha ido acompañado de protestas de "todavía no" por parte de los británicos y de "ni un centímetro" por parte de los dirigentes de la comunidad unionista. La ironía de los conservadores británicos tratando infructuosamente de convencer a Nelson Mandela de que no invitara al dirigente del Sinn Fein a Suráfrica no es más que un ejemplo.

La cuestión de los presos

En otras cuestiones más importantes, la respuesta de Londres ha causado una profunda amargura y resentimiento. Una es la cuestión de los presos. Hay unos 700 republicanos y 300 unionistas en prisión debido al conflicto de Irlanda del Norte. Sus continuos encarcelamientos han provocado frustración en todas las comunidades trabajadoras. Todos estos reclusos fueron condenados por tribunales Diplock, especiales sin jurado, tras haber estado detenidos en centros de interrogatorio cuya clausura ha exigido el Comité de Derechos Humanos de la ONU en julio de 1995.

El Gobierno de Dublín comenzó una serie de excarcelaciones poco después del anuncio del alto el fuego. Por el contrario, Londres ha excarcelado sólo a un preso, un miembro del temido Regimiento de Paracaidistas, que había matado de un disparo a una muchacha de 19 años en Belfast. Este mismo regimiento ha matado a 43 civiles durante el conflicto. Tras cumplir dos años de una condena a cadena perpetua, el soldado fue excarcelado y readmitido en el Ejército británico. En 25 años, sólo cuatro miembros de las fuerzas de seguridad han sido condenados por asesinato. La excarcelación provocó graves disturbios en todo el Norte y la condena del Gobierno irlandés y del de EEUU.

Es evidente que los presos son rehenes del proceso político. Las declaraciones, de fuentes oficiales, de que hay que excarcelar a los presos lentamente por respeto a las víctimas de la violencia son recibidas con escepticismo, dada la incapacidad total del Estado para hacer frente a sus propias violaciones de derechos humanos. Un ejemplo es el informe de Amnistía Internacional sobre el Reino Unido, de agosto de 1995, que destacaba de nuevo las denuncias de connivencia entre miembros de las fuerzas de seguridad y los grupos paramilitares unionistas de derechas.

La segunda cuestión clave es la policía. El 93% de la policía de Irlanda del Norte, la Real Policía del Ulster (RUC), procede de una sola comunidad, es decir, de la comunidad protestante. Tras una reciente polémica suscitada porque la RUC

*Todo paso
lento por el
camino de
crear un
diálogo
político ha
ido
acompañado
de protestas
de "todavía
no" por parte
de los
británicos.*

había permitido a una organización sectaria derechista (la Orden de Orange) desfilar por los barrios católicos, un destacado político moderado comentó: "Puede que el proceso de paz no haya terminado, pero la RUC sí". El rechazo a la RUC está profundamente arraigado y no ha disminuido a pesar del alto el fuego. El Ayuntamiento de Derry, la segunda ciudad del Norte, sigue negándose a formar parte de comités de enlace con la policía. La hostilidad hacia la RUC no se limita en modo alguno a los sectores radicales de la sociedad. A pesar de las peticiones de creación de un nuevo servicio policial, que rinda cuentas y sea aceptable, la respuesta del Gobierno ha sido una campaña publicitaria de un millón de libras en la que se hace eco de las virtudes de "una de las mejores fuerzas de policía del mundo".

La crisis de la policía se ve exacerbada por el hecho de que el Parlamento británico ha ampliado, una vez más, la vigencia de la llamada legislación de emergencia, pese a que no exista tal emergencia. Sin embargo, no cabe duda de que el obstáculo más grave para el avance político es la exigencia británica de que se requisen las armas y los explosivos del IRA antes de que comiencen las conversaciones de todas las partes.

¿Cuándo se entregan las armas?

En todas las negociaciones secretas y, de hecho, en todas las declaraciones públicas anteriores a agosto de 1994, no se hacía ninguna mención a que la requisa tendría lugar antes de que pudieran comenzar unas conversaciones reales. Tanto el movimiento republicano como quienes habían actuado como factores de persuasión en el camino hacia la paz aceptaban que había que suprimir las pistolas de la política irlandesa. Se entendía claramente de que esto ocurriría como resultado de unas negociaciones políticas y no como condición previa para que éstas tuvieran lugar. Los mismos detalles de la exigencia británica han variado con los meses, pasando de la insistencia en que se entregaran todas las armas ilegales a la petición actual de que se haga un "gesto", preferiblemente ante una comisión internacional. Tanto los medios de comunicación como el Gobierno irlandés interpretan esta petición como un intento de humillar a un movimiento al que no podrían derrotar militarmente. Toda entrega de armas conlleva un riesgo real de fragmentar al movimiento republicano que haga que un grupo desgajado comience una renovada campaña de violencia. Es crucial entender el contexto en el que ha surgido esta crisis. Muchos de los miembros de la clase trabajadora católica consideran al IRA un ejército defensor cuya misma existencia se debe al pogromo decretado contra los barrios católicos de Belfast en 1969. Londres no está pidiendo el desarme de la RUC unionista ni la retirada de las más de 100.000 armas legales en poder casi exclusivamente de los protestantes. El punto muerto de la requisa hizo que el Gobierno irlandés aplazara una cumbre de los primeros ministros británico e irlandés prevista en septiembre. El drama no consiste sólo en adoptar una postura o maniobrar para conseguir una buena posición antes de las conversaciones. Una de las partes de un conflicto está pidiendo que la otra se desarme antes de las negociaciones. Londres está jugando peligrosamente en la cuerda floja.

Una de las partes de un conflicto está pidiendo que la otra se desarme antes de las negociaciones. Londres está jugando peligrosamente en la cuerda floja.

¿Por qué no ha respondido el Gobierno británico de una forma imaginativa a las nuevas realidades de las relaciones angloirlandesas?

Se pueden apuntar varias razones:

- 1) El alto el fuego fue una sorpresa para el Gobierno británico (y de hecho, para muchos otros observadores). Los servicios de seguridad no lograron predecir el nuevo cambio que se estaba gestando dentro del republicanismo irlandés. Aún tienen que acostumbrarse a la nueva situación.
- 2) Los republicanos se habían estado adaptando durante años, bien que a regañadientes en algunas áreas, a la necesidad de un cambio radical de estrategia. Lo habían planeado y habían pensado exhaustivamente en las consecuencias. Por su parte, al Gobierno británico, en concreto a los poderosos elementos derechistas que hay dentro del Partido Conservador, le resulta difícil creer que los monstruos deshumanizados de sus peores pesadillas estén realmente dispuestos a sentarse a la mesa de conferencias.
- 3) La iniciativa que desembocó y que ha seguido al alto el fuego es, en esencia, una iniciativa irlandesa. El proceso de paz irlandés, como se le denomina, es el primero en su especie que no recibe el nombre de un ministro británico, como el destacado político socialdemócrata recientemente señalado.
- 4) La realidad de las matemáticas parlamentarias ha hecho difícil que John Major reaccione positivamente ante la ventana a la oportunidad que se ha abierto ahora. Su Gobierno dependía, al menos hasta la lucha por el liderazgo, de los votos de los parlamentarios unionistas en Westminster. Esa dependencia ha disminuido.
- 5) No se puede subestimar la tradición de lealtad a la Unión de Gran Bretaña e Irlanda del Norte dentro del Partido Conservador. Sigue existiendo una mentalidad colonial instintiva dentro de algunos sectores de la clase gobernante. Por tanto, cualquier compromiso se considera como una "rendición a los terroristas". La negativa de Londres a responder de forma imaginativa sólo ha animado a los unionistas en su monótona repetición de la consigna, acuñada hace siglos, de ni un centímetro.
- 6) Del mismo modo que se desvanece el recuerdo de las devastadoras bombas de una tonelada en la City de Londres, parece que se desvanece la sensación de urgencia para lanzar audaces iniciativas políticas en relación con Irlanda. En la agenda de la mayoría de los votantes, las cuestiones internas tienen más prioridad que un conflicto que, aunque no resuelto, al menos ya no tiene el potencial de alterar su vida cotidiana en el sistema de transportes de Londres.

Como ya se ha dicho, el año que ha pasado se ha caracterizado por una serie cambiante de condiciones previas y obstáculos alzados por los ministros británicos antes de que el Sinn Fein pudiera participar plenamente en el proceso político.